



Boero, María Soledad, "Devenires del resto en algunas escenas de la cultura contemporánea".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, marzo de 2021, vol. 10, n° 21, pp. 68-79.

Devenires del resto en algunas escenas de la cultura contemporánea

Remain's becomings: some scenes in contemporary culture

María Soledad Boero¹

Recibido: 24/12/2020

Aceptado: 08/02/2021

Publicado: 09/03/2021

Resumen

Dos inflexiones en torno al *resto* –en estrecha conexión con el suelo o la tierra como reservorio o uno de los sitios en el que los restos se encuentran, sedimentan, yacen– son las que vamos a explorar para mostrar ciertos trayectos y transformaciones de la materia cuando ingresa en determinados estados. La primera, en la que el resto es entendido como resto óseo –lo que queda de un cuerpo cuando las inclemencias del tiempo y de otros factores externos han actuado sobre él–: los huesos que insisten en permanecer hasta su posterior transformación en fósil. La publicación de *Aparecida* (2015), de Marta Dillon, donde relata la historia de su madre, militante asesinada en los 70, a partir del hallazgo de sus huesos, que estuvieron enterrados durante más de veinte años, vuelve a poner de relieve la importancia del resto como aquello que persiste y convoca a diferentes saberes y múltiples sentidos. La segunda inflexión intentará desentrañar al resto no ya como humano sino como resto material/objetual de lo que alguna vez fueron productos culturales. *Biblioteca roja. Brevisima relación de la destrucción de los libros*, de Gabriela Halac y otros (2017), es un libro que recoge la experiencia colectiva sobre el

Abstract

There are two inflections regarding the *remains* –in close connection with the ground or soil as storage or as one of the places in which the rests lie, are deposited, and are found– that will be explored in order to show certain journeys and transformations of the matter when it is introduced to fixed stages. The first one perceives them as the remains of the skeleton, what is left of a body when the inclement weather, conditions, and other external factors have taken their course on it: the bones that insist to endure until their subsequent transformation in fossils. The publication *Aparecida* (2015) by Marta Dillon narrates the story of the author's mother, an activist murdered in the '70s, based on the finding of her bones, which were buried for over twenty years, and emphasizes the importance of the remains as something that perseveres and gathers multiple senses and knowledge. The second inflection will try to unravel the remains not as human but as material of what once were cultural products. The book *Biblioteca roja. Brevisima relación de la destrucción de los libros* by Gabriela Halac and others (2017) recollects the collective experience of the disinterment, thirty years later, of a family library, hidden during

¹ Doctora en Semiótica por la Universidad Nacional de Córdoba. Licenciada en Letras Modernas (FFyH -UNC). Es docente e investigadora en la Escuela de Letras (FFyH-CIFFyH-UNC). En 2017 publicó *Trazos impersonales. Jorge Baron Biza y Carlos Correas. Una mirada heterobiográfica* (Eduvim). Contacto: mariasoledadboero@gmail.com



desenterramiento, treinta años después, de una biblioteca familiar –oculta durante la dictadura argentina– en el patio de una casa. En cada una de estas experiencias surgen interrogantes: ¿qué devenires transitan estos restos cuando entran en contacto con otras materias, sustancias y tiempos?, ¿qué modos de existencia adquieren esos vestigios, en el presente?, ¿qué tipo de memorias se ponen en juego?

Palabras clave

Restos; materia; temporalidades; memoria; modos de existencia.

the Argentinian dictatorship, in the backyard of a house. Each of these experiences poses questions such as: What transformations do these remains undergo when they come into contact with other matters, substances and times? What ways of existing do these material rests or traces acquire in the present? What type of memories are compromised?

Keywords

Restos; materia; temporalidades; memoria; modos de existencia.

Materias, tiempos, afectos

Situamos este ensayo en medio de una serie de preocupaciones teóricas, políticas y estéticas sobre los modos en que se narran ciertos relatos en torno al pasado traumático reciente en Argentina. En las últimas décadas hemos sido testigos de la creación y conformación de una zona de estudios sumamente relevante sobre los efectos del terrorismo de Estado y las políticas de memorias de Argentina y del Cono Sur, a través de investigaciones interdisciplinarias que contemplan las problemáticas socio históricas, teóricas y culturales, entre otras cuestiones aledañas.

A través de diferentes abordajes, la memoria se ha convertido en uno de los grandes temas que recorren y articulan modos de imaginar, indagar y pensar formas del pasado en el presente, desde lugares y retóricas diversas. Un pasado (o capas de pasados) que sigue interpelando y abriendo líneas de indagación sobre las secuelas del terrorismo de Estado y sus modos de inscripción, especialmente en el profuso terreno de las prácticas estéticas (escritas, audiovisuales y performáticas).

Nuestra investigación procura analizar determinadas relaciones entre experiencia, cultura y temporalidades no humanas, en las que lo *material* (en alguna de sus múltiples torsiones) adquiere una particular relevancia. Uno de los interrogantes que vertebran este trabajo se detiene a indagar qué es lo que sucede cuando se produce un encuentro entre componentes humanos y no humanos, entre subjetividades yóicas y un modo de existencia no humano (en los casos que vamos a analizar, un encuentro con ciertas materias devenidas *restos* a través del paso del tiempo y de las marcas de la violencia política que llevan inscritas en sus relieves).

Las producciones estéticas que abordaremos ensayan registros de esa singular experiencia que desarregla las formas convencionales de la narración auto/biográfica, e intentan dar cuenta de la irrupción de temporalidades heterogéneas y de las afecciones que se despiertan o activan en el encuentro con esos determinados *restos* materiales.² Las reflexiones sobre lo

² Encuentros en los que los modos de afectar y de ser afectados/as van mutando. Desde una escritura *inespecífica* cada uno de estos materiales ensaya formas de aproximación hacia aquello que emerge como *resto* material no humano. Esa experiencia se emparentaría más con las afecciones y sensaciones de lo sensible que con la letra de lo simbólico. Una experiencia del tacto, de lo sensorial pero también de lo sensual y de lo sentimental, del afecto

material suponen un desplazamiento de la mirada antropocéntrica y abren a otros *modos de relación* entre diferentes materias, medios y cuerpos. Vinculaciones que, en su inmanencia y devenir, producen variaciones, movimientos y afecciones en todos los componentes y formas que participan de ese encuentro o experiencia.

La materia condensa en su composición una serie de movimientos e indeterminaciones que la vuelven múltiple y a la vez depositaria de una opacidad ajena a la captura inmediata de sus significados. Materia vibrante (Bennett 3) que despliega potencias de lo viviente y de formas de vida no orgánicas, capaces de entrar en conexión y tensión con registros de lo humano y erosionar los sentidos de lo vivo, lo no vivo, lo viviente y lo moviente (Bergson 45) exigiendo la creación de otros marcos de inteligibilidad para volver una y otra vez a la pregunta sobre los modos de existencia y sus tiempos de emergencia y aparición.

Es por ello que lo material –en las formas y torsiones fragmentarias y singulares que adquiere– es portador de memorias, activa diferentes temporalidades (más allá y más acá de la temporalidad cronológica) interactuantes con aquellas miradas que la interrogan o exploran, provocando tensiones y desplazamientos en los modos de percibir y de sentir.

La pregunta por lo material viene acompañada de una serie de reflexiones sobre las potencias o virtualidades que trae consigo. La materia nunca viene sola, sino que está acompañada por un cúmulo de virtualidades o tiempos no actualizados, que le otorgan una investidura compleja y dinámica. En su enigma, opacidad y metamorfosis, la materia emite signos heterogéneos, produce saberes que requieren otros modos de aproximación.

Aparecida, de Marta Dillon (2015), y *La Biblioteca Roja. Brevísima relación de la destrucción de los libros* (AA.VV., 2017) son las dos escenas en las que nos detendremos. En la primera, es el hallazgo de los restos óseos de la madre desaparecida en los 70, luego de 35 años de estar enterrados NN en una fosa común, lo que activa la escritura por parte de la hija y el deseo de encontrarles un lugar de existencia en el presente. La segunda escena narra la experiencia ritual y colectiva –en 2017, después de casi 40 años– del desenterramiento de libros pertenecientes a una biblioteca familiar, escondidos en los fondos del jardín de una casa durante la última dictadura, con la esperanza de recuperarlos algún día.

En ambas escenas, la noción de *resto* adquiere formas de inscripción que dislocan las estrategias de la memoria representativa o los tiempos del recuerdo, provocando otros sentidos no previstos o codificados. Formas de las memorias impersonales y de los usos contemporáneos del archivo que revisan los modos de dimensionar la experiencia vivida y de posibilitar otras conexiones entre materiales y tiempos.³

Concebimos al *resto* en dos de sus vertientes conceptuales y críticas. Por un lado, desde el pensamiento elaborado por Georges Didi-Huberman como *supervivencia*,⁴ en tanto elemento de la historia que comporta una temporalidad propia que no ha sido aplanada por una temporalidad lineal y emerge a través de la figura del *retorno*. El resto “agujerea las consistencias temporales” y *perturba* con su presencia y su retorno (Cámara, *Restos épicos*).

Por el otro, y en estrecha vinculación con el primero, entendemos el resto como pura presencia material de aquellos fragmentos de materias de diversa índole que sobreviven pero

y del sentido en todas sus extensiones. “Se trata del sentido en relación con lo que él sería: ser tocado de existir” (Nancy, *El sentido del mundo* 189; *Archivada*).

³ Estas reflexiones se nutren, en parte, de los planteamientos desarrollados por Florencia Garramuño en *Mundos en común. Ensayos sobre la inespecificidad en el arte*, en particular el capítulo III, “De la memoria a la presencia. Políticas del archivo en la cultura contemporánea”.

⁴ El resto como *imagen superviviente* participa de un movimiento generalizado y continuo. La imagen puede ser al mismo tiempo material y psíquica, externa e interna, material y de lenguaje, morfológica e informe, plástica y discontinua, nos dice Didi-Huberman. Siguiendo a Benjamin, “la imagen no es la imitación de las cosas, sino el intervalo hecho visible, la línea de fractura de las cosas” (Huberman 166 y 22).

en estado de transformación permanente debido a la influencia de diversos factores externos y del incesante paso del tiempo.

El resto entonces como *resto material* irreductible, como cosa, opaco, fragmentario y a la vez generador potente de presencia, que convoca y es objeto de otros saberes como los de la antropología forense, la geología o la arqueología, por ejemplo.

La materia devenida *resto* desde las formulaciones precedentes es poseedora de una potencia generadora de relaciones y mundos que desafían las miradas que puedan elaborarse desde una matriz auto/biográfica convencional, iluminando zonas de las memorias no exploradas o que todavía no han encontrado sus condiciones actuales de legibilidad.

Nos preguntamos entonces cuáles son esas “memorias latentes” que cobran fuerza en las producciones literarias y artísticas elegidas, de qué elementos están compuestas, qué tipo de encuentros propician, en estas aproximaciones y entrelazamientos con ciertos dominios ajenos al *yo* como medida de lo humano.⁵

Sedimentos, suelos, tierra

Si bien estas experiencias registradas a través de la escritura y la imagen (como en el caso de *Biblioteca Roja*) tienen derivas y modulaciones diferentes, nos interesa volver a pensar el elemento del suelo, la tierra –compuesta por diferentes estratos, niveles, sustratos, capas de agentes minerales, vegetales, rocosos, etc.– como materia común en ambos casos.

La tierra como aquel medio orgánico e inorgánico que lo traga y oculta todo, surcada por signos de múltiples violencias, entre ellas y, sobre todo, la violencia política. La tierra como superficie cuyos sedimentos diferenciales van componiendo capas y capas de materias entremezcladas (minerales, vegetales, líquidos, restos óseos humanos y animales, residuos y desechos de todo tipo) y de tiempos en diferentes escalas, que la van transformando –en su aparente inmovilidad– en un espacio crispado y en permanente movimiento.

Una arqueología material del presente siempre está acompañada de una mirada geológica para poder detectar esos estados materiales que componen la tierra. Estratos, sedimentos, piedras, compuestos minerales, vegetales, orgánicos e inorgánicos, químicos, físicos, acuosos, entre muchos otros, que van envolviendo aquello que es enterrado y oculto en la superficie (profunda y extensa) terrestre.

En *Cortezas*, Georges Didi-Huberman retoma un conocido y precioso texto de Walter Benjamin –“Desenterrar y recordar”– donde el filósofo alemán señala que aquel que quiera acercarse a su pasado debe desenterrar, excavar, dispersar las cosas como se dispersa la tierra, una y otra vez. Didi-Huberman focaliza su atención en la actividad del arqueólogo y en la arqueología, no sólo como una técnica para explorar el pasado, sino también y sobre todo una “anamnesis para comprender el presente” (62). “Un buen informe arqueológico, dice Benjamin, no sólo debe señalar las capas de donde provienen los descubrimientos sino y sobre todo las que fue necesario atravesar para llegar a ellos” (Didi-Huberman 62-63).

En los objetos que abordaremos asistimos a una búsqueda que entrelaza lo material con lo afectivo, atravesando capas y capas de sedimentos que convierten a esos *restos* en enigmas

⁵ Relaciones con mundos y materias por fuera de la conciencia humana, que entran en conexión y encuentro con los contornos de lo humano (mundos de la geología, la astronomía, lo animal, vegetal, lo mineral, el fósil, entre otros tantos posibles). Cada uno de estos dominios posee tiempos y espacios diferenciados que entran en tensión con los tiempos considerados “humanos”. En otros trabajos hemos insistido en una forma de registro heterobiográfico –en contraposición al autobiográfico– para dar cuenta de ciertas vinculaciones y tensiones entre una memoria personal o del yo y una memoria no personal o de las cosas no humanas del mundo. La mirada heterobiográfica, al insistir sobre la apertura de la memoria personal –memoria del yo– deja abierto la emergencia de otros tiempos no cronológicos, que irrumpen por fuera de la conciencia (Boero).

de tiempo. Hay todo un trazado anterior y posterior al hallazgo propiamente dicho de los restos que van mostrando movimientos, trastocamientos y temblores en torno a aquello que se busca: una mezcla de velocidades y ritmos diferentes, entre los movimientos humanos y la aparente inmovilidad de esos restos depositados bajo tierra.

Desde ciertas vertientes de la antropología y la arqueología se dice que toda excavación arqueológica es un fenómeno único, destructivo e irreplicable: como parte de ese ritual, el desenterramiento es una experiencia sensible que desborda cualquier régimen significativo, portador de una extrañeza que nos excede y abisma en su inasequible exposición, puesto que aquello que se desentierra, irrumpe como un conjunto o cúmulo de imágenes inconexas que desarreglan el tiempo presente y se sitúan en una suerte de *ensamblaje* cuyos efectos –a nivel de tiempos y sensaciones– son inesperados.

El yacimiento como agujero/pozo que comporta movimientos, combustiones, líneas de tiempo que atraviesan texturas blandas, maleables o duramente estratificadas. Todo está en permanente mezcla y mutación. Es por ello por lo que su hallazgo o “descubrimiento”, lejos de clausurar sentidos, los abre y los esparce, los remueve, tensiona sus pliegues y pone en escena, sobre todo, la relación singular entre una mirada humana, subjetiva y aquello que es de otro orden, que atraviesa dimensiones, escalas y texturas.

El suelo entonces se nos presenta como una dimensión compleja y en proceso, que interpela los saberes convencionales y exige otros modos de indagarlo. Los tiempos no reconciliados de la historia aparecen inscriptos en las superficies que pisamos (“el tiempo está inscripto en los suelos”, dice Didi-Huberman (165)).

Si nos circunscribimos a las preguntas que surgen en los materiales que abordaremos, el suelo no solo forma parte de capas geológicas de millones de años, sino que en otra escala más humana posee las marcas y huellas de las diferentes gestiones bio/tanato/políticas que formaron parte de su historia, sobre todo si pensamos en las violencias ejercidas por los regímenes dictatoriales durante los 70 en Argentina y la región, haciendo de la persecución y desaparición de personas, su modalidad de acción.

Un antecedente que nos resulta interesante recuperar para seguir pensando el suelo como espacio sedimentado de memorias, es el trabajo realizado por el cineasta chileno Patricio Guzmán y su reconocido documental *Nostalgia de la luz*.⁶ Las condiciones particulares del desierto de Atacama crean un ambiente especial que posibilita *la permanencia* –todo se conserva inalterable en esa superficie inmensa– y *la transparencia inusitada del aire*, cualidad inigualable para estudiar el cielo. El desierto devendrá entonces, en un espacio poblado, lleno de signos a descifrar donde se unen y articulan –a partir de un trabajo de composición de las imágenes– pasados diferentes y heterogéneos. Cuántos pasados hay en el pasado es la pregunta que subyace y que permite explorar el desierto como escenario material privilegiado para dar cuenta de ciertos pasados que no dejan de pasar.⁷

⁶ *Nostalgia de la luz* (2010), el documental de Patricio Guzmán que se propone como tarea visitar el pasado traumático de Chile. El mismo se inscribe en un proyecto cinematográfico en el que la pregunta por la memoria se actualiza en función del espacio: el desierto (*Nostalgia de la luz*), el mar (*El botón de nácar*) y la cordillera de los Andes (*La cordillera de los sueños*).

⁷ Guzmán cruza los tiempos del cielo con los de la tierra, los pasados del tiempo de la galaxia con las pinturas rupestres, los signos de las poblaciones nómades y de los pueblos indígenas, la historia de trabajo forzado de los mineros del siglo XIX y la historia de los presos y desaparecidos de la dictadura en el siglo XX) a través de la composición material y las potencias del desierto (Boero y Vaggione, “Pasados materiales”).

“Sobre la materialidad de mi madre”

La escritura de Marta Dillon explora, como pocas, las potencias de una memoria material y los trazados inéditos a los que abre.

Aparecida es el intento de narrar la recuperación e identificación –en el año 2010– de los *restos óseos* de la madre de Dillon, desaparecida durante la última dictadura militar en Argentina. La pregunta de la hija tiene que ver justamente con el *cómo narrar aquello* que desajusta los modos convencionales de relatar un acontecimiento de familia, parte de una biografía familiar que a la vez desborda el lazo de sangre, lo excede por la inscripción de la violencia de Estado. Cómo narrar aquello que emerge en ese retorno, ese tiempo suspendido que desafía las leyes del presente, lo astilla en su composición, interpela las fuerzas del tiempo.

Podríamos decir que *Aparecida* ensaya una escritura física y material en torno a una búsqueda, un hallazgo y las investigaciones en clave forense y geográfica sobre los itinerarios de un cuerpo desaparecido. El Equipo Argentino de Antropología Forense será entonces un actor importante durante todo el trayecto de restitución de esos restos, y de algún modo la escritura va articulando ese registro forense al registro más subjetivo o “personal”.

En este marco, la narración de Dillon reúne y activa diferentes temporalidades que, en principio –como decíamos– se vinculan con la identificación de los restos óseos de Marta Angélica Taboada, su madre, abogada y militante, desaparecida en los setenta en manos del Estado represor.⁸

¿Qué se hace con los restos? podría ser el primer interrogante que surge en tanto retorno de la pregunta por ese cuerpo ausente y exterminado del curso de la vida por la violencia de Estado, donde la figura de la desaparición se instala en ese umbral espectral entre lo vivo/lo muerto, lo que tiene lugar/lo que no tiene lugar, lo visible y lo invisible que se deja leer en los sentidos del título del libro: “aparecida”.

Pero otro de los sentidos de esa aparición tiene que ver con la emergencia *material* de esos restos, la presencia de los huesos, un modo de exposición de la materia, de transición, en la que también la persona ausente, de una forma u otra, se *presentifica*.

Como señala Dillon en una entrevista: “El tema de la aparición de los huesos me conmovió por el modo en que irrumpe la muerte aun a tantos años de sucedida, y por cómo se hace presente de manera física, concreta, la persona ausente” (*Página 12, 25*).

La memoria biográfica no sólo da cuenta de aquello que se recuerda como vivido o transitado a lo largo de su vida como hija, de la admiración hacia su madre, de la tensa relación con su padre, de su enfermedad, de sus amores actuales; sino que es la presencia del resto, en su pura materialidad lo que va a permitir bosquejar y hacer emerger una memoria que fricciona –en varios momentos– esa evocación familiar y *autobiográfica* dando lugar a un registro del cuerpo o de la materia.

El pasado subjetivo de quien escribe es atravesado entonces por esa línea del afuera que activa una temporalidad del cuerpo biológico, producto del plan del Estado genocida de sustraer y aniquilar la humanidad. Como sostiene Gabriel Giorgi, la persistencia del resto –a propósito de su uso en algunas producciones artísticas– se transforma en un terreno de contestación de los regímenes que lo marcan. La persistencia del resto muestra la dislocación del pacto sepulcral, pone en tensión la temporalidad de una vida y al mismo tiempo deja en claro que la relación con la muerte y el cuerpo muerto está marcada bajo el signo del biopoder (Giorgi 205).

⁸ Marta Angélica Taboada había sido secuestrada el 28 de octubre de 1976, llevada a la Brigada Güemes en Autopista Ricchieri y Camino de Cintura y asesinada el 3 de febrero de 1977 en Ciudadela, luego enterrada en una fosa común en el cementerio de San Martín: sus restos y los de otros compañeros fueron recuperados en 1984, pero solo identificados en 2010.

Poesía material

En la escritura de Dillon la pregunta sobre el cuerpo se vuelve a actualizar a partir de la presencia, del hallazgo de esos restos, donde se mezclan las representaciones de la persona que se evoca y recuerda con aquello que es puro fragmento, materia ósea, elemento no personal.

¿La encontraron? ¿Qué habían encontrado de ella? ¿Para qué quería yo sus huesos? Porque yo los quería. Quería su cuerpo. De huesos empecé a hablar más tarde, frente a la evidencia de unos cuantos palos secos y amarillos iguales a los de cualquiera (...) Esquirlas de una vida. Destello de marfil que desnudan las aves de carroña a campo abierto. Ahí donde se llega cuando se va al fondo, hasta el hueso. Lo que queda cuando todo lo que en el cuerpo sigue acompañando al tiempo se ha detenido, la hinchazón de los gases, el goteo de los fluidos, el banquete de la fauna cadavérica, el ir y venir de los últimos insectos. Después, los huesos (...) Huesos descarnados sin nada que sostener, ni un dolor que albergar. Como si me debieran un abrazo. Como si fueran míos. Los había buscado, los había esperado. Los quería. (Dillon 33)

En esa gradación y tránsito del cuerpo animado al inanimado, a las derivas y presencia enigmática del hueso, se juega la construcción de una poética, donde algunos componentes de la memoria insisten más desde lo sensible que desde la palabra. El *resto* como signo que comunica, más allá del significado, la apertura a pensar otros modos de presencia de un cuerpo: como otorgar un lugar a eso que, a pesar de su negatividad y fragmentación, no deja de insistir y de *ser*.

Poesía material –le llama la escritora– a un modo de *estar con*, de *ser con* el otro, en sus vínculos como madre y también como hija. Estos modos de ensayar la pregunta por el cuerpo, por cómo llamar ese pasaje de la restitución de lo que fue una persona, es parte de lo que emerge a través del resto, de lo que su silencio y presencia marcan. Un “material residual, sedimento de una vida antes y después de convertirse en aquello que no es, que no existe, que no está” (20).

El resto –como decíamos– es la presencia de aquello dislocado por la violencia estatal y a la vez, en el vínculo que se establece entre los recuerdos de la madre y el presente de la hija, es el componente que irrumpe en esta memoria que no podrá ser sólo “personal” sino que transmuta en una memoria de lo material o de aquello que va formando cuerpo en esa materia. El cuerpo, los cuerpos –lo sabemos con Nancy– son lugares de existencia. Y esa existencia enlaza una ontología del *ser –con* donde todos los cuerpos inanimados, animados, sintientes, parlantes, pensantes, pesantes habitan y muestran ese espaciamento. “Cuerpo quiere decir, ante todo, lo que está fuera, al lado, contra, cerca (con) otro cuerpo, en el cuerpo a cuerpo, en la disposición”, prosigue Nancy (*Ser singular plural* 107).

Tengo los pies de mi mamá, digo, pero no son los suyos.
Tengo sus piernas, pero son las mías.
Y los ojos más oscuros, pero como ella las pestañas.
Este es mi cuerpo, digo y no sé por qué la voz dice *mí*,
Si son lo mismo
el que estuvo, el presente, el que puse donde no tenía.
El dolor se hunde en la materia
Como se hunde el tiempo al costado de mi boca, sobre los labios,
en los párpados, los hombros, las manos; cada una de esas partes blandas que de ella se
han ido. (Dillon 149)

Ese espaciamento entre los restos de la madre y la vida de la hija es lo que comienza a desplegarse como otro registro del cuerpo, donde el *contacto* intenta trazar una línea, una relación, un tocar para *producir* espaciamento (Nancy). La escritura intenta trazar esa composición corporal más allá de la persona y del individuo, en la oscilación constante entre la falta de cuerpo y al mismo tiempo lo excesivo de la relación material/maternal que lo desborda todo.

Un conjunto de hilachas...

Sobre la mesa del laboratorio del Equipo Argentino de Antropología Forense se vuelca una bolsa de plástico con algunos objetos pertenecientes a un grupo de personas desaparecidas, entre ellas, la madre de Dillon: zapatos viejos, rotos, femeninos y masculinos, una polera azul sin cuello y sin mangas, una remera roja con manchas amarillas, entre otros retazos de prendas.

Estos objetos y prendas han sobrevivido –a pesar de su deterioro– a través del tiempo, entre restos de polvo, partículas de tierra y moho. Los objetos, en su aparente quietud e inmovilidad no dejan de ser sedimentos de pasados y de poseer una carga de afectos que sacuden el presente. Permanecen intactos hasta que el contacto con el aire, con lo humano, los comienza a desintegrar.

Toda esa vida en su ausencia se me venía encima. ¿Y qué era eso? Un conjunto de hilachas, recuerdos aislados, su altura, a qué parte de su escote había alcanzado y cuánto me faltaba por crecer. Algo así como la ropa que encontraron junto a sus huesos: insondablemente familiar: nada más tocarla se deshace, polvo que vuelve al polvo después de haber pasado 35 años bajo tierra... (Dillon 48)

La memoria también se presenta en esa mesa de laboratorio y, lejos de ser el relato en el que uno se erige para construir un modelo ideal de madre, aparece como un “conjunto de hilachas”. Memorias deshilachadas, como hilos desgarrados, destejidos y arrancados de un tiempo y un espacio, de una forma de comunidad. Lo desgarrado también sugiere ese agrietamiento en los modos de narrar otros registros sensibles.

En el vínculo que se establece entre la hija que escribe y rememora fragmentos de la vida de su madre y esa madre que emerge a través de diferentes roles (la profesional, la militante, la esposa, amante, amiga) la presencia de los restos activa y proyecta una serie de imágenes que dislocan la temporalidad del recuerdo. El recuerdo vivido, ensoñado y narrado se suspende y choca con la temporalidad del resto que también es una memoria de la materia corporal y una memoria del tacto, donde ya nada se *representa* sino que se experimenta.

Los signos que emite esa materialidad no se pueden traducir en términos extensivos ni figurativos. Una memoria material que intersecta los componentes mismos de lo visual, de los ojos tensados que miran e insisten en darle a la ausencia la *potencia* de un lugar: imaginar y dar forma a ese cuerpo inanimado que retorna para ocupar un espacio.

El tiempo de los objetos, de una prenda deshilachada que estuvo oculta durante años, como una polera de color azul, se cruza con el tiempo de la hija que sigue buscando algún tipo de certeza. Al confirmar que la prenda había pertenecido a su madre se produce una suerte de trasmutación temporal y material: “La encontré (...) y me puse a llorar como no lo había hecho hasta entonces, como si estuviera llorando sobre el cuerpo tibio de una mamá recién perdida...” (128). El retazo de tela deslucido quizá funcione como conector de presencia ante un cuerpo que no está pero que evoca.

La certeza es otra materia, dirá la narradora, que no tiene que ver con la figuración del recuerdo, pero sí con el agujero de la pérdida y de lo real: la certeza como “un filo perfecto

cortando la vida de la muerte (...) la zona barrosa donde todo puede ser reescrito, donde la letra se hunde, una vez y otra” (121).⁹

Ya no memorias de un yo, sino memorias de un *lazo* que se teje entre cuerpos singulares, cuerpos unidos y separados; y entre temporalidades heterogéneas: el tiempo de una vida y el tiempo no humano del *resto*, que abre a las retóricas del afecto en tanto registro de intensidades para poder dar cuenta de las apropiaciones políticas que sobre los cuerpos ha ejercido el biopoder.

Aparecida es el intento de instaurar e inventar una proximidad que irá transitando de lo singular a lo plural, donde esos *restos* –luego de todo el proceso narrado– retornarán al espacio público, a la comunidad a través de una ceremonia ritual colectiva, afectiva, pero, sobre todo, profundamente política.

La Biblioteca Roja

En el año 2017 aparece *Biblioteca roja. Brevísimas relaciones de la destrucción de los libros*, de Gabriela Halac, Tomás Alzogaray Vanella y Agustín Berti (Ediciones DocumentA/Escénicas – Córdoba), un libro-objeto difícilmente clasificable que recoge la experiencia colectiva sobre el desenterramiento de una biblioteca familiar –oculta durante el terrorismo de Estado– en el patio de una casa. El libro muestra cierto carácter artefactual en tanto surge de la imbricación de imágenes (fotografías, fichas documentales, imágenes pictóricas), texto (entrevistas, crónica, ensayo, citas) y presenta un envoltorio desplegable donde se muestra una de las fotos de los paquetes desenterrados/exhumados.

Al pasar casi cuarenta años de estar enterrados, un grupo de personas (el hijo de los dueños de la casa, artista plástico,¹⁰ una escritora/editora y un investigador en letras)¹¹ obtienen la financiación y deciden convocar a un grupo de antropólogos forenses voluntarios para comenzar el trabajo de excavación y desenterramiento. Dicho proceso fue registrado por escrito, con el testimonio de los dueños de la biblioteca y algunas reflexiones del grupo de investigadores que decidieron llevar adelante esta acción, en la que también participó un fotógrafo poniendo en imágenes todo lo acontecido. Hay una explícita preocupación por la historia material del libro: su condición de soporte, su precariedad o durabilidad, ya que otras voces –conservadores de papel, archiveros, químicos de suelos, entre otros– son convocadas para participar.

Uno de los gestos que marcan la singularidad del proyecto se vincula con su carácter colectivo y el modo en que decidieron hacer la excavación: efectuar una exhumación de estos libros como si se tratara de cuerpos o restos óseos, una suerte de arqueología simétrica en tanto se enfoca en el ensamblaje y la co-relación entre lo humano y las cosas que le rodean y con las que mantiene vínculos estrechos.

Desde esta perspectiva, un libro, una biblioteca evocan una multiplicidad temporal y sensorial de relaciones indisociables: escritores, lectores, editores, libreros, entre otras redes y mundos conectados. Una biblioteca atravesada por la violencia del Estado represor contiene

⁹ Como señala León Rozitchner, la memoria material quizá tenga que ver con aquel momento anterior al lenguaje y al individuo en el que madre e hijo coexisten bajo una misma ensoñación, en una *mater*-ialidad desde la cual se accede al mundo. Una memoria sensorial y sensible.

¹⁰ Quien realizó una serie de caparazones en dibujo y arcilla como una forma de plasmar la experiencia de la exhumación.

¹¹ La familia dueña de los libros retorna al país luego de ocho años de exilio en México. Intentan recuperar la biblioteca y hacen un intento por localizar el pozo que habían realizado tiempo atrás, pero solo encontraron una bolsa con algunos libros destruidos por la humedad. Es allí cuando deciden dejar los libros sepultados bajo tierra y darlos por perdidos.

entonces varias historias: la historia de su existencia y sus modos de vinculación con los sujetos, el relato de su composición, su contenido, la historia de su enterramiento para tratar de preservarla; los años de oscuridad y aparente quietud bajo la tierra, y también su posterior hallazgo o aparición.

De algún modo, *Biblioteca roja* intenta registrar el acontecimiento performático y ritual de la excavación; acción que trajo consigo conversaciones entre los participantes sobre la necesidad de perturbar el entorno a través del acto de la extracción o dejar que los libros siguieran enterrados, imperturbables, pero no visibles. “Asumir esa indeterminación, es lo que un registro artístico pretendía”, como señala Gabriela Halac en una entrevista filmada (2020).

El pozo imaginado

Lo que se denomina hallazgo nunca es premeditado ni tampoco se sabe muy bien que es lo que se está buscando. Desde esa incertidumbre, el objeto va transitando de una instancia imaginaria hacia una más real, a medida que se avanza en la búsqueda.

El proceso de localización y excavación de la biblioteca duró varios días, se sacaron cuatro toneladas de tierra entre lluvias, incertidumbres, comentarios, expectativas de diversa índole. En las entrevistas realizadas a la pareja dueña de los libros –ambos profesores de Historia– se vislumbra un relato familiar atravesado por la violencia política y el exilio. Cuando se refieren a los libros, tanto en ella como en él, es clave el vínculo afectivo que establecen con ellos, a diferencia de cualquier otro objeto. En los libros se concentraba el deseo y la militancia, la apertura hacia nuevas ideas, además de su capacidad de tejer lazos y hacer comunidad.

¿Qué es lo que emerge de ese pozo tantas veces imaginado y pensado? Lo que se encuentra en esa excavación después de cuarenta años, detrás de tres pinos y un metro y medio bajo tierra ya no puede registrarse en los marcos de una memoria representativa ni en la lógica del recuerdo de lo vivido. Lo que sale de ese pozo tiene que ver con la pura materialidad de esos restos exhibidos como parte de un archivo material que excede las formas de la narración histórica, biográfica y familiar. Fragmentos de pasados que abren a otras líneas del relato, en los que se acentúan –más allá de lo simbólico e imaginario que se cifra en un libro– los componentes no humanos y materiales de su entramado.

Casi al mediodía aparece la imagen del primer paquete (...). Un bulto rosa y otro negro. Digo paquetes porque están envueltos en bolsas de nylon y atados con un hilo azul en forma de cruz. Cada uno parece contener varios volúmenes de libros (...). Están acostados y dan la sensación de cuerpo muerto, de fosa común (...). Lo que se ve es una imagen que no esperábamos ver. Son 16 paquetes, 15 con libros y uno, el número 6 es otra cosa. Intento escribir lo que veo: paquetes de tierra, atravesados por raíces, pegados a una base de ladrillos, aplastados y amalgamados al suelo, varios de ellos meteorizados, otros en bloque prometen algo de papel (...). No alcanza el lenguaje para la descripción. Es una especie conocida pero transmutada... (Halac 74)

Una especie conocida pero transmutada que ha devenido otra cosa de lo que era en su origen. El devenir es el movimiento mismo de la materia, su metamorfosis. Y si pensamos en estos *restos* como una forma de *supervivencia* surge la pregunta sobre qué fuerzas son las que conforman esa mutación. Entre la disputa memoria / olvido cómo podemos evaluar estos *restos* para que no sean sólo *desecho*. ¿Qué formas de saber requiere esta fuerza plástica (Didi-Huberman 143) que retorna desde lo profundo de la tierra?

Libro raíz, libro tierra –como refiere Gabriela Halac, una de las protagonistas– el pozo provoca una fractura temporal que activa otros pasados. Pasados que se presentifican en esos *restos* transformados que todavía no encuentran un marco de inteligibilidad.

En *La Biblioteca roja* ya no estamos frente a libros tal como los conocemos, no hay ningún resquicio de legibilidad en ellos: nos preguntamos entonces qué es lo que irrumpe al desenterrar libros que ya no son lo que eran, donde la acción de la tierra, el agua, las raíces de los árboles han deteriorado esa materia que se confunde con los componentes del suelo en el que estuvieron tanto tiempo enterrados y detenidos. ¿Qué modos de existencia adquiere ese resto material, ese vestigio, en el presente? ¿Qué se puede leer en esos objetos-ruina, cuya fragilidad conmueve al punto de no saber cómo tratarlos ni considerarlos?

Quizá esa fuerza que retorna a través del compuesto tierra/libro/raíces fosilizados tenga que ver con *el saber y no saber* que trae consigo la destrucción: *resto* de aquello que queda, se dispersa, fragmenta y muta al entrar en contacto con otras materias.

“Ya no podríamos llamarlos libros sino *objetos únicos*” (Halac 140) (cursivas del original), señala una de las antropólogas participantes. Delicadas piezas que se disuelven ante la corrosión potente del tiempo, una especie de escritura mineral –podríamos sugerir– que, en su encriptamiento vislumbra partículas, quizá algunos destellos de ciertas imágenes perdidas.

Persistencia política del resto

En las páginas iniciales de *Aparecida* leemos que lo imposible puede desintegrarse, pero no así los restos (*Aparecida* 22). Nada de lo real desaparece, podríamos agregar, pero sí participa de un proceso de mutación y transformación permanente en articulación con otras materias del mundo.

Una memoria del *resto*, de su persistencia y su *modo de presencia*, no puede menos que irrumpir en la memoria personal y familiar e instalar otro orden de relación entre tiempos, cuerpos y afectos. Una memoria del resto que lleva las marcas de la violencia genocida, inscrita en las materias de modo definitivo.

Memoria material, sensorial, sensible, memoria del tacto que actualiza la pregunta sobre las potencias del cuerpo y sus mutaciones (Dillon) o sobre la ontología de los objetos y sus transformaciones (*Biblioteca Roja*) en estrecha relación con otras materias no humanas que forman parte de ese entramado en movimiento, como los estratos de la naturaleza y las capas de la tierra.

La persistencia política del resto se tensiona, además, con los devenires de una mirada que insiste y se abre a ese encuentro poroso entre lo humano y lo no humano. Una mirada sostenida en parte por *vislumbres*, es decir, aquellos fragmentos de cosas, acontecimientos, astillas y restos de mundo (Didi-Huberman 23) que, en su emergencia y aparición, nos muestran la fuerza intempestiva de la historia.

Obras citadas

AA.VV. *La Biblioteca Roja. Brevísimas relaciones de la destrucción de los libros*. Ediciones DocumentA/Escénicas, 2017.

Bennet, Jane. *Vibrant Matter. A Political Ecology of Things*. Duke University Press Durham, 2010.

Bergson, Henry. *Materia y memoria*. Cactus, 2006.

Boero, M. Soledad. *Trazos impersonales. Jorge Baron Biza y Carlos Correas. Una mirada heterobiográfica*. Eduvim, 2017.

Boero, M. Soledad y Alicia Vaggione. “Pasados materiales. Notas sobre *Nostalgia de la luz*, de Patricio Guzmán.” *Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades*, año 4, n.º 8, septiembre 2015, pp. 123-130.

Cámara, Mario. *Restos épicos. La literatura y el arte en el cambio de época*. Librería, 2017.

- Didi-Huberman, Georges. *Ante el tiempo. Historias del arte y anacronismo de las imágenes*. Adriana Hidalgo, 2008.
- _____. *La imagen superviviente. Historia del arte y tiempo de los fantasmas*. Abada Editores, 2013.
- _____. *Cortezas*. Shangrila, 2014.
- _____. *Vislumbres*. Shangrila, 2019.
- Dillon, Marta. *Aparecida*. Sudamericana, 2015.
- _____. “Todo sobre mi madre.” *Radar Libros, Página 12*, 14 de junio de 2015, pp. 23-24.
- Garramuño, Florencia. *Mundos en común. Ensayos sobre la inespecificidad en el arte*. Fondo de Cultura Económica, 2015.
- Giorgi, Gabriel. *Formas comunes. Animalidad, cultura, biopolítica*. Eterna Cadencia, 2014.
- Halac, Gabriela. “Sobre *Biblioteca Roja*.” Conversación en ciclo “Materia Viva”, coordinado por Adriana Salazar. *Círculo de Estudios 2020: Objetos y sus materia(s)*. México. <https://gcas-la.com/bloque-3-materia-viva>
- Nancy, Jean Luc. *El sentido del mundo*. La marca editora, 2003.
- _____. *Ser singular plural*. Arena Libros, 2007.
- _____. *Archivada. Del sintiente y el sentido*. Editorial Quadrata, 2013.
- Rozitchner, León. *Materialismo ensoñado*. Editorial Tinta Limón, 2011.